

Editorial Encuentro, Colección Mínima Política, n° 5, Madrid 2015.

Título original: *Incertezze sull' individuo*.

Ed., trad., y estudio preliminar de Ana Llano Torres, 96 pp.

ISBN: 978-84-9055-096-0

Gracias a la editorial Encuentro, y a la edición y traducción de la profesora Ana Llano Torres, ha visto la luz recientemente la primera obra del jurista y pensador italiano Giuseppe Capograssi (1889-1956) publicada en español: *El individuo sin individualidad*, una lúcida reflexión sobre la pérdida de individualidad del hombre del siglo XX y la tendencia del hombre contemporáneo a convertirse en un ser impersonal.

¿Qué es lo que hace que yo sea yo?, se pregunta el pensador al inicio de su breve ensayo. La respuesta no puede ser más concreta: mi figura, mi nombre, mi estirpe, el tiempo y el lugar en el que vivo.

Y, sin embargo, en el siglo XX se ha producido una inversión de todo ello y una intención de convertir al hombre en todo lo contrario: un individuo genérico, perdido en una sociedad de masas. Buen ejemplo de ello es el tipo de trabajo que se ha hecho común desde el siglo XX: la gran industria, el trabajo en fábricas, donde la individualidad concreta se convierte casi en un estorbo.

Pero también el tipo de política que se ha realizado en el siglo XX ha sido despojada en gran medida de la atención a la individualidad: antes la política era fuente de vocaciones a lo público grandiosas y lúcidas, pero los regímenes políticos de gran parte del siglo pasado se han caracterizado por dinamismos emocionales, y las peores experiencias realizadas por ellos han producido que el individuo haya sido reducido a un ser primitivo y precario, ajeno a la idea de la historia y de la duración. Capograssi señala muy perspicazmente que esto se manifiesta en un hecho peculiar: el hombre contemporáneo ha perdido la tendencia a ahorrar, en todos los sentidos (pues sólo se ahorra cuando se desea que la vida continúe también en el mañana). Incluso los objetos con los que rodeaba su vida estaban diseñados para durar, para imprimir en ellos la propia impronta. Pero la industria contemporánea está diseñada justo para lo contrario: no durar, no recibir un sello personal único, tener que ser tiradas y cambiadas.

Este individuo sin individualidad ha perdido por completo el sentido del pasado y del vínculo entre generaciones: ignora – y se jacta de ello– el

esfuerzo que a la humanidad anterior le ha costado llegar a los grandes descubrimientos.

No hay símbolo mayor de esta ruptura con el pasado que la tendencia de los totalitarismos a romper con el pasado “inaugurando” nuevas eras, imperios o milenios. Esta pérdida de la individualidad se manifiesta incluso en la vivencia del amor o en la experiencia de Dios que tiene el hombre contemporáneo: respecto a la primera, como ya vio intuitivamente Schopenhauer, el hombre considera el amor, que se caracteriza precisamente por la elección de una individualidad concreta, como un fenómeno despojado totalmente de ella, limitado entonces a su primitiva reducción biológica.

También la vivencia religiosa se ha visto afectada por ello: el hombre contemporáneo ya no tiene la conciencia de que su vida personal tenga que tener un sentido, un destino concreto, ni tampoco tiene la vivencia de un Dios presente. Si en la vivencia religiosa genuina, el hombre se sitúa, con todo su ser, a un quehacer amoroso (su propia vida), vivido como un encuentro, y por ello referido necesariamente en primera persona, cuando aquella no existe, el individuo puede muy difícilmente mantener la propia unidad y responder en persona a un destino global. Incluso la introducción de técnicas para matar de forma masiva, en el pasado siglo, ha hecho que considere la muerte como un mero accidente.

Este hombre contemporáneo es completamente paradójico; en palabras de Capograssi: “ya no se interesa por sí mismo y no se interesa más que por sí mismo”. Es decir: ni le importa dejar su propio sello en las cosas, haciendo que su nombre sea distinto al de los demás, ni tampoco es capaz de traspasar la inmediatez de la vida y aspirar a algo más.

Esta contradicción viva es enormemente peligrosa, a juicio del pensador italiano, porque hace a estos hombres muy dóciles y manipulables, pero a la vez capaces de las mayores crueldades; son amorfos para vivir la vida de la masa y absolutamente insociables, incapaces de unirse personalmente a otra vida singular y con una forma de unión donde las individualidades se respeten, se asocien y se admiren.

De una manera sugerente y muy aguda, Capograssi relaciona esta desindividualización con la proliferación del tipo contemporáneo conocido como “famoso”, que no es, como en otro tiempo, una personalidad única y egregia, capaz de marcar la historia, sino un colectivo de “campeones de la masa”, destinados a ser olvidados tan pronto como desaparecen de la imagen pública, que a su vez es movida por otro fenómeno contemporáneo, como es la propaganda. Este tipo de individuos, a fin de

cuentas, son solo interesantes para la sociología, en tanto que datos estadísticos, y para la cultura, como espectáculo –aunque, eso sí, efímero–.

Hay manifestaciones en la literatura y filosofía, de esta individualización, que pueden parecer paradójicas, e incluso dañinas, pero que el pensador analiza desde un prisma nuevo; un ejemplo de ello es la tendencia del hombre contemporáneo a hacer circular una “ética de la extravagancia” e incluso de lo pervertido, que puede ser interpretado positivamente, como un intento del individuo desindividualizado por “ser alguien”, por diferenciarse de los demás, aunque sea mediante el camino del mal. Bajo su apariencia destructiva, esto podría ser en el fondo el intento por demostrarse a sí mismo que existe, el intento por llegar a lo propiamente humano. Sin embargo, este intento no tiene certezas seguras de llegar a conseguirlo.

¿Qué puede hacer ante ello la persona con criterio? Las respuestas de Capograssi siguen siendo cuestiones de enorme actualidad: en primer lugar, vivir como individuo singular ya es dar una solución a ese problema de incierta resolución, porque es complicado que el individuo desindividualizado, quien vive desde la ética de la extravagancia, se haga cargo de lo complicada, seria y grande que es la vida; en segundo lugar, es preciso tener un juicio claro sobre la situación actual de la humanidad, sin perder de vista al individuo; es necesario que el individuo que se mueve desde una ética de altura sea consciente de los problemas actuales, pero no de un modo abstracto, sino concreto, teniendo en cuenta al hombre individual. Finalmente, y quizá, la respuesta más importante del autor, es preciso que cada uno se reeduce a sí mismo, y también a la propia conciencia moral. Ante las carencias de una ética de la extravagancia, el hombre contemporáneo sigue necesitando una conciencia que dé razón de la extrema seriedad de la vida.

El análisis tan realista del pensador italiano sobre su tiempo tiene, si cabe, hoy día, mayor actualidad y abre profundos interrogantes sobre fenómenos contemporáneos. Un primer acercamiento a la obra de Capograssi cuya brevedad esperamos sea suplida en el futuro por próximas ediciones de este autor, poco conocido en España.

NIEVES GÓMEZ ÁLVAREZ